

siempre resplandece en él sin disminuirse una superior caridad, y porque el zelo, siempre arreglado, sabe distribuir en él sus limosnas con la mas exácta prudencia, y estoy para decir, que con una especie de santa prodigalidad. *Charitas numquam excidit.*

Sostened una caridad tan respetable, ricos y grandes del mundo. ¿Que ha de poder un hombre solo en un tiempo en que la miseria es casi general en el pueblo? Quiera Dios que sus exemplos exciten en vuestros corazones la caritativa emulacion que nos representan siempre en este templo las virtudes de *Sulpicio*. Conságrela en su honor vuestra piedad para que os sirva de estímulo á fin de caminar por sus huellas. Respetad é imitad su fe. Los exemplos de ella han venido á ser la piedra fundamental de este templo. *Lapides fide formati.*

Si sois fieles en imitarle, y le invocais con constancia, lo podeis esperar todo de su proteccion. Proteccion poderosa, á la verdad, que ha experimentado muchas veces este templo, y cuyos saludables efectos se puede todavía prometer. *Sulpicio* es como columna inmutable que sostiene y afirma estas sagradas bóvedas. *Lapides spe solidati.* Reviva siempre con especialidad en los prodigios de vuestra caridad. Mirad á los pobres y á las piedras vivientes de este templo como si fuera á vuestras propias personas. Quiera Dios que les una la Religion con vosotros sobre la tierra, *lapides charitate compacti*, para que seais coronados con ellos en la eterna bienaventuranza, como deseo.

ORA-

ORACION FÚNEBRE

DEL ALTÍSIMO, PODEROSÍSIMO
y Excelentísimo Príncipe *Luis de Orleans*, Duque de este título, y primer
Príncipe de la Sangre Real:

PRONUNCIADA

á trece de Mayo de 1752 en la Iglesia
de París.

*Mortuus est... et universus Juda, et
Jerusalem luxerunt eum.* Murió, y
toda Jerusalem y Judá le lloraron.
2. *Paralipom. c. 35. v. 24.*

Así acaban los libros santos el elogio de un Rey (1) que, despues de haber sido la gloria, el exemplo y la edificacion de Judá, llevó consigo al sepulcro los sentimientos de un pueblo á quien habia admirado durante su vida; y así es como debe empezar el elogio del religio-

(1) Josías.

gioso Príncipe que con su temprana muerte ha hecho llorar tantas lágrimas. *Mortuus est, et universus Juda, et Jerusalem luxerunt eum.*

¡Quan ventajoso es para mí en el triste ministerio que voy á desempeñar tener que referir las mas sublimes virtudes del christianismo! ¡Que felicidad la de que la voz pública se haya tomado ya el cuidado de juntar todos los lineamentos del quadro que apenas he tenido tiempo para bosquejar! A mí me bastaría para concluirle hacer que hablasen aquí los pobres que sienten la pérdida de su padre, los talentos que reclaman á su protector, la penitencia que llora á su modelo, la impiedad que tributa homenaje al héroe de la Religion, y la Religion que se halla justamente sentida de la pérdida de un príncipe, que fué aun mas respetable por el uso y sacrificio que la hizo de su grandeza que por su grandeza misma.

Detengámonos, pues, en estas últimas qualidades que con especialidad caracterizan al príncipe que lloramos, y justificarán para siempre la intension de nuestros sentimientos. *Universus Juda, et Jerusalem luxerunt eum.* El supo distinguir en la grandeza el fausto de la dignidad, y las tentaciones que ofrece de los medios de santificación que suministra. Supo renunciar todo lo que tenía de frívola y peligrosa para sí mismo, y solo conservó la que era precisamente útil á los demas. Yo haré ver del modo que sacrificó su grandeza por un principio de Religion, y como la supo conservar por la gloria de esta misma. Tal es el

asun-

asunto y la division del elogio que consagro á la memoria del altísimo, poderosísimo y excelentísimo Príncipe *Luis de Orleans*, Duque de este título, y primer Príncipe de la Sangre.

PRIMERA PARTE.

El publicar que un príncipe sacrifica su grandeza á la Religion, y hacer de este sacrificio el fundamento de su elogio, es sin duda alborotar las preocupaciones del mundo; pero me consuelo con que este conoce muy mal los caminos de que se vale Dios. La Divina Providencia parece que debe á nuestro siglo un exemplo resplandeciente, con el que pudo defender su santa Ley de los rápidos progresos del deísmo y de la incredulidad. Al paso que un altivo y temerario filósofo esparcía por todas partes el veneno de la irreligion, y mientras que el libertinage se atrevía á levantar contra los misterios de la fé, para evadirse mas bien de la necesidad de seguir sus preceptos, presentó el cielo un príncipe en cuya vida se advierte, el espíritu y la perfeccion del Evangelio. Queriendo mas bien ser humilde discípulo de Jesu-Christo que brillar entre los dioses de la tierra, hizo ver en ella á la edificada Iglesia un príncipe vencedor del mundo y de sí mismo.

El perfecto conocimiento de las obligaciones y de los peligros es indispensable á los príncipes. Desde luego conoció el *Duque de Orleans* que estaba principalmente obligado á aprender lo que sus deberes exigian de él, y

los

los peligros que debía temer. Apenas se empezó á desenvolver su razon quando hizo admirar con la penetracion de su espíritu, la exáctitud de su discernimiento, la rectitud de su corazon y su bondad natural. Siendo ya de una circunspecta y respetable conducta, arreglado en sus discursos, amigo de la verdad, zeloso de la justicia, y capaz de ser útil al rey y á la patria, se formaba por gusto en las ciencias, por obligacion en la política, y por natural inclinacion en la virtud.

Pero ¡quantos escollos se presentaban al corazon de aquel Príncipe joven en una corte que es el centro de los placeres! Habitaba en una mansion en donde todo quanto le rodeaba estaba únicamente empleado en estudiar sus inclinaciones para conformarse con ellas, penetrar sus pensamientos para favorecerles, y advertir sus deseos para satisfacerles; donde campante la adulacion mantenía los vicios, detenía los progresos, ó quitaba el mérito de las virtudes que alababa por una oculta vanidad que inspiraba; en una palabra, donde todo se volvía intrigas para derribar la inocencia. ¡Dichoso el hombre que se puede mantener siempre sin el contagio que en semejantes parages se respira! ¡Dichoso tambien aquel que despues de haberse prestado á las sutiles tentaciones que un arte figurado y pomposo prepara en ellos, sabe inmediatamente romper sus cadenas, y ofrecer á Dios un corazon, que solo debe ser enteramente para él!

Esto es lo que justamente ofreció la Francia en el *Duque de Orleans*. Si el exemplo y los con-

consejos de un mundo corrompido le hacían entrar por algun momento en las sendas de los pecadores, no se detenía en ellas. *In viâ peccatorum non stetit* (1). No tardaba la gracia en conducirle por el camino de la justicia y hacerle caminar por allí para siempre. Pero antes de exponer las circunstancias de su conversion ácia Dios, debo señalar la época del tiempo en que fué, porque con ella se añade á la gloria el mérito del sacrificio. Acordémonos, pues, de aquel funesto dia en que por la imprevista muerte del Duque Regente, se presentó á su hijo todo quanto puede haber de agradable con los títulos, riquezas é independencia. Haciendo poco caso de las ventajas que iba á adquirir, estaba únicamente ocupado con las instrucciones y desengaños que le daba este fatal acontecimiento. En efecto ¡que cosas tan contrarias se presentaban á su vista en el sepulcro de un padre que acababa de ver en el mas alto grado de poder y de honor á que puede llegar un vasallo! Despues de un reynado tan largo como glorioso, y habiendo sido superior á sus prosperidades y desgracias, murió Luis XIV. Subió al trono su tierno hijo que era la esperanza de la nacion, y con este motivo llegó á ser el *Duque de Orleans* el depositario de la autoridad real. Era de un ingenio vasto, penetrante, sublime, universal y capaz de emprenderlo y ejecutarlo todo: como dueño de sus proyectos, los convinaba y variaba segun le parecia, no

ma-

(1) Psalm, I. v. I.

manifestándoles sino quando estaba seguro del suceso: hábil para acomodarse á las circunstancias del tiempo, descubrirlas y penetrarlas; consumado en el arte de conocer á los hombres, sabia descubrir y emplear sus talentos: político profundo, amante de los sabios y sabio tambien él mismo; de corazon noble, generoso é intrépido y como ansioso de gloria, sabia sujetar todos los proyectos que le podia inspirar á la satisfaccion de mantener la paz en el reyno, y hacer florecer en él las ciencias, las artes y la abundancia, grabando en el corazon de los pueblos que gobernaba, los sentimientos de respeto, amor y fidelidad de que él mismo estaba penetrado por un rey tierno; en una palabra, príncipe digno de muchos tronos, si para ello no hubiera sido menester otra cosa que reunir en sí toda especie de mérito.

Testigo del beneficio público de que nuestros asombrados vecinos participaban tambien con tan sabia administracion, y de las lisonjeras aclamaciones que el reconocimiento universal de la Europa ofrecia al Regente, no habia conocido hasta entónces las humanas grandezas este Príncipe que acabamos de perder, sino con el fin de que pudiesen excitar el amor propio, obscurecer la razon, y romper el corazon; pero la imagen de la muerte representada en el frio cadaver de su padre le descubrió la nada de las cosas del mundo. Anegado en lágrimas de dolor puso sus miras mas allá de lo que le permitia el tiempo. ¿Con que al sepulcro es, decia, á don-

donde viene á parar la gloria del mundo? ¿Y es cierto que hay una eternidad?

¡O idea terrible! tú eres la que en los preciosos tiempos del christianismo hiciste pasar desde el bullicio de las ciudades al seno del retiro á un sin número de penitentes justamente espantados... Vosotros, hombres, que os dexais seducir del falso brillo del mundo (1), ¿como no emulais estos exemplos de terror? Ellos son los que habiéndose apoderado del corazon del *Duque de Orleans* hicieron recibir la hermosura á su alma. Quantos sacrificios hizo en lo sucesivo, otros tantos fueron fruto de la impresion que hizo en ella la meditacion de estas cosas.

Muy pocos años se habian pasado quando se renovó esta saludable impresion por un golpe no menos fuerte que inesperado. Acababa el príncipe de contratar una alianza digna de su clase, conforme á la voluntad del rey y á los intereses de la Francia.... Aunque hablo de los sagrados vínculos con que se unió el *Duque de Orleans*, debo recordar casi al mismo tiempo el cruel instante en que se rompieron. ¡O gran Dios! ¿tú no le das la idea del principio de una felicidad, sino para convencerle de que no hay perfecta dicha sobre la tierra!

Hacian los dos augustos esposos las delicias de su corte, teniendo la misma dulzura en su carácter y el mismo amor á la piedad. En la Duquesa de Orleans, se hallaba el noble deseo

Tom. IV.

P

de

(1) *Præterit enim figura hujus mundi. I. Cor. c. 7. v. 31.*

de repartir beneficios, y en el Duque una santa emulacion de patrocinar tan dignas ideas. Animados ambos con los mismos sentimientos de Religión, se deleytaban mas bien á los pies de los altares que entre el tumulto del mundo. Ambos poseían el singular talento de saber sostener la grandeza con dignidad y ceder de ella con decencia. Ambos se prometían de comun acuerdo poder transmitir al príncipe que el cielo les habia dado tantos méritos y virtudes... Ah! La cuna del infante fué casi el sepulcro de la madre. ¡Que golpe para un príncipe sensible! Pero quanto más digna era la víctima de su estimacion y ternura, otro tanto mas empeño hacia el *Duque de Orleans* en triunfar de su dolor. A un propio tiempo concedía las lágrimas á la naturaleza, y consagraba su sensibilidad por el sacrificio que hacia de ella á la Religión. ¿Qué le quedaba ya que sacrificar como no fuese sino su misma grandeza para conocer por medio de reiteradas pruebas, que toda la que hay sobre la tierra no es mas que una *vaná sombra* (1), una fantástica chimera que deleyta la vanidad sin contentar al corazón? Ya llegó el tiempo, decía, de romper los vínculos que me unen á frívolos y perecederos objetos. Hablaba la gracia, y la obedecía. A la soledad era á donde iba á llorar como David sus pasadas flaquezas, repasándolas entre la amargura de su corazón, y reparándolas por la penitencia sin consolarse jamas. En efecto,

(1) *Transierunt omnia illa tamquam umbra. Sap. 6. v. 9.*

huyó del mundo, y desde entónces ocupó un humilde retiro el lugar de un soberbio palacio.

Allí depositó el *Duque de Orleans* el aparato de su grandeza, las prerogativas de una clase sublime, las distinciones personales y el honor de estar unido á este augusto santuario en donde los mas grandes Reyes del Universo no aciertan á decidir de la suerte de la Europa. Estas maravillosas ventajas, tan apreciadas por lo comun de los hombres, fueron la materia de su sacrificio. Ya me parece que estoy oyendo á la falsa sabiduría censurar temerariamente una conducta, cuyos motivos no acierta á penetrar. Condénala el mundo enhorabuena y murmure de ella la política, pues, al *Duque de Orleans* le dirigen unas miras superiores á las de la sabiduría humana. Aquel mismo que le hizo nacer cerca del trono, es el que le estimula á dexar el lugar en que le habia puesto (1). Algunas veces quiere Dios encaminar á sus escogidos por caminos extraordinarios. Respetemos los designios de la Providencia, y acordémonos de que siempre está el hombre en su agrado, quando tienen sus acciones la gracia por principio, y la Religión por objeto.

En efecto, ¿que otro espíritu mas bien que el de Dios podia inspirar al *Duque de Orleans* la resolucion que executó? ¿Siguió acaso en esto los movimientos de una piedad poco reflexiva? No por cierto: él habia meditado su

(1) *Quoniam tu, Domine, singulariter in ipse constituisti me. Ps. 4. v. 10.*

sacrificio mucho tiempo antes de consumarle. Continuos aunque pasajeros retiros le habian dispuesto al que abrazó solemnemente. Habia preguntado acerca de ello á hombres iluminados, prudentes y virtuosos, apelando á su decision desde el tribunal de su tímida conciencia. Sin embargo, ¿era acaso para él la corte una tierra extranjería? Nada menos que eso: en ella no era uno de aquellos hombres que presentados desde el centro del olvido en el teatro del mundo, admiran su grandeza y sienten su obscuridad. La corte era su patria, y el palacio de los reyes habia sido su cuna. Nacido entre los honores, nada le faltaba de quanto era necesario para sostener el peso de ellos, ó, por mejor decir, para merecerles sino les hubiera tenido desde su nacimiento. Pero en estas mismas ventajas descubria muchos peligros y les evitaba. ¿Se dirá acaso que sufrió, ó que quiso remediar los reveses de la fortuna? Ah! El *Duque de Orleans* no tenia de que temer para ser constantemente feliz. Pero no obstante, el motivo que le determinó á serlo fué este mismo temor. ¿Dudaremos por ventura de esto, quando le vimos sacrificar no solamente lo que deslumbra en la grandeza, sino tambien todo quanto era propio de esta segun el mundo para hacer al hombre feliz? Sino hubiera abdicado mas que la pompa, se habria sospechado tal vez de haber querido solo evitar sus embarazos y sacudir un yugo importuno para ir á la sombra de una tranquila obscuridad á gozar de una libertad no-

ci-

civa. Pero renunció á un mismo tiempo la ociosidad y los placeres: su sacrificio fué tan completo, como voluntario.

¡Quanto celebrára yo poderos descubrir el alma del *Duque de Orleans*! ¿Como os he de bosquejar una imágen fiel de los combates que se ofreció á sí mismo despues de haber venido al mundo? Vosotros, los que fuisteis testigos de su conducta y depositarios de sus sentimientos, decidnos, decidnos, pues, lo que visteis y oisteis. Ellos vieron, señores, á un príncipe santamente ambicioso de sacrificar á la Religion todo quanto los grandes piensan que la pueden negar muchas veces, qual es su voluntad, su espíritu, sus sentidos y su corazon. ¿No podré yo aplicar á este Héroe del christianismo lo que decia San Ambrosio de Valentiniano el Joven quando le elogiaba? Ah! Nosotros lloramos un príncipe que fué la gloria de la Iglesia. ¿Quanta luz esparció sobre ella por la vivacidad de su fé y los sentimientos de su piedad? *Ecclesiam splendidiorem fide sua, et devotione faciebat* (1). ¿No os parece que le veis revivir al oír delinear su retrato? *Videtur nobis in sermone reviviscere*. Suplid lo que me falta de la eloqüencia de Ambrosio para recordar lo que vosotros mismos habeis visto en un príncipe que fué todavia mas grande por su profunda humildad que por la elevacion de su estado; un príncipe, que no fué llevado por el juego continuo, las diversiones ni los pec-

P 3

(1) *Ambros. Conc. in obitu Valentin. Jun. Aug.*

pectáculos, sino que parecía que mandaba al sueño para despertar la aurora, é ir inmediatamente a ofrecer su alma al Señor delante de los altares, participar de los divinos misterios, y añadir á los públicos ejercicios de la Religion los sécretos afectos del corazón. Postrado delante de aquel que le hizo grande parecía olvidarse de su estado y nacimiento, ó, por mejor decir, no acordarse de él sino para tributarle como homenaje. Sin pompa y sin acompañamiento, y humildemente confundido con el pueblo, hubiera querido poder ocultarse á la admiracion de los hombres. Pero no: quando le parecía no tener sino á Dios por testigo de su fervor, entonces era quando hacia fixar sobre él todas las atenciones: su piedad descubria su modestia. ¿De donde nacian en el alma de aquel príncipe los sentimientos de esta piedad siempre humilde y edificativa? De su fé. Esta le habia enseñado, que *la grandeza en el hombre era para él un título mas para humillarse delante de Dios* (1), y que poseer todo el Mundo sin poseer á Dios; es ser grande para el tiempo y nada para la eternidad. Guiado el *Duque de Orleans* por las luces de la fé, se elevó sin cesar sobre la tierra para poner todos sus deseos en el cielo.

Estos fueron los que le llevaron á aquellos tristes parages en donde la hambre, la desnudez y la miseria agobian á los miserables y se atreven muchas veces á acusar la

(1) Eccli. c. 3. v. 20.

pesadez de la muerte. ¡Que espectáculo para vosotros pobres de Jesu-Christo, que postrados en una cama con el dolor, esperais solamente el instante de acabar con vuestros males! Vosotros vais á recibir á vuestro Dios, y vereis acompañarle á un príncipe que va á enterarse y remediar vuestra deplorable situacion. Mientras que el sacerdote os exhorta y anima vuestro fervor, os consuela y sirve el *Duque de Orleans*. El uno descubre las llagas de vuestra alma, y el otro visita y cura las de vuestro cuerpo. El primero os hace saltar de los ojos saludables lágrimas, y el segundo verter reconocimiento. Aquel os enseña por su zelo á morir como christianos, y este os manifiesta con sus exemplos del modo que debe vivir un christiano... Ah! solo á nuestra santa Religion pertenece dar unos exemplos semejantes. ¡Quanta edificacion causa el ver que los da un *Duque de Orleans*! No es la caridad lo que me admira mas en él, sino el ver que era un prodigio de humildad. Y sobre todo, lo que mas me mueve en este príncipe, es una virtud siempre afanosa para buscar todas las ocasiones de excederse á la falsa delicadeza de la naturaleza, vencer las preocupaciones de su elevado nacimiento, edificar al mundo, y humillarse y anonadarse delante de Dios.

Por mas que los grandes miren á los placeres y holgazaneria como dos cosas regularmente inseparables de la grandeza, persuadido el *Duque de Orleans* de que no son sino verdaderos peligros ó abusos, repartió

el tiempo de su retiro entre el estudio y la oracion. No de otro modo procedia San Gerónimo quando despues de haberse escapado de las tentaciones y de los placeres de Roma, se ocupó en su profunda gruta tanto en meditar la ley de Dios quanto en interpretar la en sus obras. Solitarios ambos por eleccion y virtud, hicieron de las sagradas Escrituras el objeto de sus vigiliias, la materia de sus escritos y el origen de su santificacion.

— Aunque la adulacion persuada á los príncipes, que el fausto aumenta su gloria; que su voluntad es la soberana ley que deben seguir; que todo se debe sujetar y humillarse delante de ellos, y que porque son grandes pueden ser injustos, no harán estas perniciosas máximas ninguna impresion sobre el corazon del *Duque de Orleans*. Le parecia á este grande hombre que no hacia nada en sacrificar estos chíméricos privilegios de la grandeza. ¡Que espectáculo mejor para la Iglesia y la Religion, que la conducta constantemente sostenida de un príncipe modesto en su exterior, frugal en su mesa, y que por la misma Religion desea baxar á la clase de los simples particulares, haciéndose así otro tanto mas grande en quanto menos quiere parecerlo! ¡Con quanta atencion velaba sobre sí mismo para reprimir los movimientos de un natural propenso á hincharse y ensoberbecerse! ¡Con quanto cuidado procuraba hablar para que no se le escapase ninguna palabra que descubriese su mal humor, ó causase resentimiento! A la verdad que si algunas veces

ces se olvida el hombre por un arrebatamiento de lo que es, tambien por la reflexion descubre inmediatamente lo que debe ser: un christiano indulgente con los demas les perdona defectos sustanciales, al paso que siendo severo consigo mismo nada se disimula. A nuestro Héroe se le vió (escuche el cielo y admírese la tierra) ser equitativo á costa de sus intereses, y bienhechor de aquellos mismos que defendian en justicia sus derechos contra él. Si en este modo de obrar se reconoce la verdadera virtud, que es tan admirable en el comun de las gentes, ¿que no deberá parecernos en un príncipe? *Ecclesiam splendidiorém fide, et devotione faciebat.*

No os parezca que la virtud del *Duque de Orleans* se cesía á los límites de unos ejercicios estériles ó indiscretos. Su piedad era activa, y su regla el espíritu del Evangelio. Condenaba los excesos y les evitaba. En vano le encaminaba su fervor á unas mortificaciones superiores á la naturaleza, porque tuvo que renunciar á ellas por el desengaño de sus obligaciones, convencido, como decia él, de que *la verdadera penitencia es la del corazon*. Sin embargo ¡quan severa y constante fué la suya! Como rígido penitente renovó los admirables exemplos de los primeros christianos; esto es, ayunos, privaciones, austeridades y crucifixion.... Yo quisiera tener expresiones para dar á conocer las piadosas trazas de que se valió él para conseguirlo, y con las que caracterizó su penitencia, tan constante, que en nada pudo moderarla. Tiemb-

blen aquellos que le critican, y lloren la falta de sus preciosos dias para el Estado y la Religion: él solo era quien no hacia caso de los peligros que todos se temian para con él. *Jamás se dirá*, decia, *que libre al cuerpo á costa del alma*. No se le notará á cerca de esto, que recibió pesadumbre por los honores que dexó, por los placeres de que huyó, por el luxo que menospreció y por la vanidad de las grandezas que menospreció y renunció tan generosamente. Nunca tenia sentimiento por lo que habia sacrificado con libertad. Cada dia se le veían añadir á sus primeros sacrificios otros nuevos. El quiso en una augusta reyna una hermana, á quien vió la España, casi al mismo tiempo que ser esposa de un rey perderle, y subir al trono que baxar de él. Sensible á la desgracia de esta princesa, supo consolarla como christiano, sostenerla como príncipe, sacrificar algunas veces los encantos de su soledad por verla, edificarla, ofrecer al cielo su pérdida y llorarla con ella. Un príncipe, que lo habia dexado todo por Dios, no tenia ya mas voluntad que la de este Señor. Aunque todo se hubiese mudado para él sobre la tierra, siempre hubiera sido su virtud la misma.

Su corazon habia sufrido ya otras pérdidas. La muerte habia llevado á tres princesas de su sangre. No le quedaba mas que su madre: como digna de su ternura y amor, era por su bondad la delicia del mundo, y la edificacion de la Iglesia por sus virtudes; pero estas no servian de nada contra la com-

mun

mun y general ley de la muerte. Espiró, en fin, y con este motivo se abrió para el príncipe un nuevo manantial de lágrimas. Lloraba, pero conformándose como christiano, y haciéndose superior á todas las desgracias, se aprovechaba de la vista de la muerte para morir aun mejor á todas las grandezas, al mundo y á sí mismo. Sus últimos sacrificios, solo sirvieron para confirmarle mas bien en el primero.

Y ¿que sucedió quando le fué preciso dexar su amada soledad para coronarles á todos? En nada se detuvo: *Hablad, señor*, decia, *y obedeceré. Loquere, Domine, quia audit servus tuus* (1). Del mismo modo que lo decia lo executaba. En los lances que convenia no era su retiro un impedimento que no pudiese quebrantar.... Entre todos sus sacrificios hubo uno á que su valor pensó desde luego negarse. Su union con el rey era bien conocida. ¡Quanto costó á su corazon alejarse de un monarca á quien hubiera querido dar sin cesar, por su continua asistencia, los testimonios mas patentes de su respetuosa ternura! Solo por él interrumpió los continuos ejercicios de su penitencia.... Mas ¡ó cielos! ¿que es lo que voy yo á decir? ¡Quán dulce es la memoria del peligro que ya no se tiene que temer! El rey habia manifestado hasta entonces todas las virtudes de un príncipe pacífico, habiendo estado como suspensas las de un monarca guerrero. Poco satisfecho de no

(1) I. Reg. 3. v. 9.

haber triunfado todavía sino por medio de sus generales, quiso ser muy en breve victorioso por sí mismo. Declaróse la guerra y se presentó el héroe. Sus primeras empresas anunciaron á nuestros enemigos, que Luis XIV. habia revivido en Luis XV. Ya se preparaban otras nuevas conquistas sobre el Rhin, quando estuvimos por desgracia á pique de perderle en el instante mas preciso para su propia gloria y para la felicidad del estado.... Penetrado el *Duque de Orleans* de dolor con este golpe fatal, partió y llegó donde estaba, manifestando con sus lágrimas el amor que le tenia. Sin duda fué su corazon el que hizo llegar hasta el cielo aquella poderosa voz que conservó á la Francia su apoyo, su defensor y su padre.

¡O mundo injusto! ¿Como es posible que te atrevas á declarar en el *Duque de Orleans* por delito haber exercitado solamente virtudes ocultas, á quienes tú caracterizas con el nombre de desconocidas? ¿Y qual será el héroe mas digno de nuestros elogios, el que triunfa de los enemigos del império, ó el que triunfa de sí mismo? Las recompensas temporales, una reputacion limitada á la tierra, las acciones que solo hacen grande á los ojos de los hombres, y un vano deseo de gloria, es, las mas de las veces, lo que anima y enciende el valor del uno. Las recompensas eternas, una reputacion que llega hasta el cielo, las acciones, cuyo testigo y principio es solo Dios, y los deseos á quienes inflama el fervor y corona la fe, es lo que anima á el otro para ha-

hacer un eterno divorcio con todos los objetos que le unen á la tierra. El uno se muestra algunas veces por sus sentimientos superior á la gloria que adquiere: el otro por sus virtudes se manifiesta mas grande que las grandezas que dexa. ¿Que consecuencias son las que se sacan del primero? Pueblos desgraciados, víctimas inmoladas á la ambicion, cadáveres ensangrentados, ciudades saqueadas y tronos derribados que con sus vencidos reyes presentan al universo un horrible teatro de muertos, de carnicería y de desiertos. La conducta del segundo ofrece sin cesar multiplicados sacrificios, pecados no cometidos, defectos corregidos, pasiones sujetadas, carne domada, sentidos apagados, corazon cautivo, y, en una palabra, un hombre unido enteramente á la cruz, víctima de la abnegacion y mártir de la penitencia. Decid ahora á vista de esto, ¿qual de los dos consigue las victorias mas dificiles y gloriosas? pero confesadme á lo menos que los exemplos y las oraciones de un príncipe virtuoso son todavía mas útiles á un império que la sabiduría y el valor de los héroes que le defienden. Aquel que manda á sus sentimientos y sus pasiones, es superior al que fuerza las murallas y conquista las ciudades. *Melior est qui dominatur animo suo; expugnatore urbium* (1).

Ved hay el espíritu del christianismo. Sobre este es sobre el que el *Duque de Orleans* se impuso la obligacion de arreglar sus acciones

(1) Prov. c. 16. v. 32.

y sentimientos. Cada una de sus virtudes era un triunfo resplandeciente de la moral Evangélica sobre las tentaciones, que son los ordinarios escollos de la grandeza: de la oración sobre la disipación, de la aplicación sobre la ociosidad, de la mortificación sobre la delicadeza, de la abnegación sobre el amor propio, de la humildad sobre el orgullo y de la penitencia sobre los placeres. Convencido con Tertuliano de que los príncipes y los grandes no son delante de Dios sino unos hombres como otro qualquiera, y todos con respecto á él polvo y ceniza, descendió el *Duque de Orleans* de la grandeza por un principio de religión. Pero instruido por otra parte por los libros santos, de que los príncipes y los grandes son imágenes de Dios sobre la tierra, y que deben representarle á los ojos del universo, supo conservar su grandeza por la gloria de la Religión.

SEGUNDA PARTE.

La Religión pide sacrificios, pero siempre animados por el fervor y arreglados por la sabiduría. Las virtudes desarregladas la parecen vicios. Si el *Duque de Orleans* renunció la brillantez, y se libró de los peligros de la grandeza por un principio de Religión y por la gloria de ella misma, tambien debia conservar los derechos y los sentimientos de la grandeza. Pero ¿ha sucedido esto así? Y si en efecto sucedió ¿de que modo? ¡Ah! el por menor de sus inmortales acciones bastará para

para instruir á todos los siglos. Nosotros mismos nos hemos admirado de ellas como testigos de su conducta. Dichoso yo si pudiese hacerlos ver como corresponde lo que ya no podeis observar, ni habeis dexado de admirar todavía.

Todo poder dimana de Dios (1), segun la doctrina del grande Apostol. El Sabio exclamaba á su presencia: grandes del mundo, príncipes de la tierra, prestad atentamente vuestros oidos á los oráculos del Altísimo. *Præbete aures* (2). El es quien os ha dado vuestro poder; y él es el origen del suyo. *Data est à Domino potestas vobis* (3). Pero colocándoos sobre los demas hombres, no dexa de tener sus designios sobre vosotros. Lo cierto es, que sois responsables de los títulos y poder que os ha confiado: vosotros tenéis una especie de ministerio que estais obligados á desempeñar, y el no hacerlo así es degradaros verdaderamente, trastornar el orden de la Providencia y abusar de vuestra autoridad. Respetaos á vosotros mismos ya que lo sois de los demas. Persuadios á que el no mantener la dignidad de vuestro estado es ser indigno de él. Vosotros debeis conservar los derechos de la grandeza, tanto por su propia gloria, quanto por representar á los ojos del universo al Dios que os hizo los depositarios y administradores de ella. Estad ciertos de que

(1) *Non est enim potestas nisi à Deo.* Rom. c. 13. v. 1.

(2) Sap. 6. v. 3.

(3) *Ibid.* v. 4.